

LA CRISIS POLÍTICA EN ESPAÑA: NOVIEMBRE DE 1807 A MAYO DE 1808

Emilio DE DIEGO¹

CONFORME al propósito de este seminario, intentaré analizar algunos aspectos de lo ocurrido en nuestra historia política entre el otoño de 1807 y la primavera de 1808, atendiendo a los planos menos estudiados de la serie de movimientos conspiratorios que, en puridad, vendrían a quebrar los fundamentos de la corona española, en algún aspecto esencial de lo que hemos dado en llamar Antiguo Régimen, antes incluso de la entrada de las tropas francesas en Madrid, pero siempre en relación con ella. Se trata de un proceso en el cual adquiere especial relieve la actuación popular en respuesta, entre otros estímulos, a una decisiva campaña propagandística.

Veamos, con las limitaciones de un trabajo como el que aquí presentamos, una breve exposición de la contienda, dirimida en aquellas fechas, principalmente a tres bandas: Carlos IV (Godoy)-Fernando VII-Napoleón; sin olvidarnos de un cuarto sujeto (Inglaterra), que no permanecería ajeno a los acontecimientos de un escenario, capital para sus intereses, en el cual acabaría desempeñando, casi de inmediato, un papel decisivo. Repasemos un apunte de lo ocurrido.

¹ Profesor de la Universidad Complutense. Madrid.

De El Escorial a Aranjuez

En efecto, desde octubre de 1807 a mayo de 1808, se desarrollaría en España una crisis político-institucional de tal magnitud, que se consuma en ella la caída de Carlos IV y su valido Godoy, la proclamación de Fernando VII como rey, en la antesala de la que acabaría siendo la desarticulación de la monarquía borbónica y su sustitución, aunque transitoria, por la bonapartista. En el primer tiempo, de octubre de 1807 a marzo del año siguiente, dos golpes de estado con desigual balance, de El Escorial a Aranjuez, jalonarían, como hitos más sobresalientes, las luchas intestinas de la corte española, con un creciente protagonismo «popular». En el segundo, marcado por la entrada de los franceses en Madrid y el posterior viaje de Fernando VII y Carlos IV a Bayona, el momento decisivo sería el del levantamiento de los madrileños, que abría la puerta a la guerra contra Napoleón. Un cúmulo de maniobras de todo tipo, tanto dentro como fuera de nuestro país, se habían sucedido y entrecruzado para concluir con España inmersa en las contiendas napoleónicas, nuevamente en el bando antifrancés.

En realidad, el largo conflicto en el seno de la monarquía hispana, entre los partidarios del Príncipe de Asturias y los de Carlos IV, la reina María Luisa y Godoy, venía agravándose desde 1806, a la par que aumentaba la impopularidad de éste último. Por un lado, la imagen del valido sufrió un nuevo deterioro cuando, en la resaca de Trafalgar y tras el fallecimiento de Pitt, en enero de aquel año, la paz en Europa pareció posible, al menos por un momento. Godoy, entonces, tratando de evitar el excesivo y gravoso sometimiento a la política francesa, buscó una aproximación a Inglaterra que terminó sin éxito. Por otro, la muerte de la princesa María Antonia de Nápoles, esposa de Don Fernando, el 21 de mayo, desató una enésima oleada de acusaciones populares contra la reina y el propio Godoy, a los cuales se consideraba, en ciertos sectores, como responsables de aquel fallecimiento e incluso se les acusaba de haberla envenenado.

En un esfuerzo por remontar las circunstancias adversas, Godoy trató de atraerse al Príncipe de Asturias intentando casarle con María Luisa de Borbón, hermana de su esposa. La tentativa no cuajó y el posterior nombramiento de Godoy como Almirante de España e Indias, con tratamiento de Alteza, en enero de 1807, añadió nuevos motivos de recelo en el bando fernandino, ante lo que parecía ilimitada ambición del hombre de confianza de Carlos IV y la reina.

Así, a comienzos de 1807, se daban las circunstancias precisas para que Napoleón acentuará su presión sobre la corte española. Los coqueteos de Godoy con los británicos y las actividades del «partido inglés» habían incre-

mentado las suspicacias del emperador hacia lo que ocurría en su flanco al sur de los Pirineos.² Además, en febrero de ese año, en un decreto dado en Berlín, anunciaba las bases del llamado «sistema continental», en el cual la península Ibérica constituía una pieza clave. La pugna entre el príncipe Fernando y Godoy le ofrecía una buena oportunidad para intervenir en los asuntos de España.

Napoleón intensificó su participación en los enredos cortesanos españoles, poco después de la llegada a Madrid de su nuevo embajador mr. De Beauharnais, a finales de 1806, quien, muy pronto, penetró en el círculo del Príncipe de Asturias. El instrumento para sus maniobras fue el clérigo Juan Escoiquiz, antiguo preceptor del heredero de la corona. El eclesiástico, tras un tiempo de canónigo en Toledo, regresaría a la capital, por orden de Don Fernando, en marzo de 1807. Escoiquiz, apoyado directamente por otros personajes del entorno fernandino (Juan Manuel de Villena y Pedro Giraldo), inició los contactos con el embajador francés, en julio de aquel año, contando con la anuencia de nombres de muy diversa importancia como Infantado, San Carlos y Ayerbe, Orgaz, González Manrique, Collado, Selgas, etc. La finalidad de los tratos entre ambas partes venía a ser la búsqueda de una alianza secreta entre el emperador y el Príncipe de Asturias, basada en el matrimonio de éste con una princesa de la familia Bonaparte. Por tal medio Don Fernando pensaba conseguir el apoyo de Napoleón para desplazar a Godoy y asegurarse un rápido acceso al trono. El emperador pretendía así acentuar la división en el seno de la familia real española y afianzar su influencia para convertirse en árbitro de la situación. Las negociaciones continuaron a lo largo del verano de 1807, siempre en secreto, tratando de evitar la intervención del Príncipe de la Paz.

² LASPRA, A.: «Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia en el *Public Record Office* y otros archivos británicos», en *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, F. Miranda Rubio (coord.), Pamplona, 2002. La actividad desarrollada entonces por los agentes del gobierno de Londres ha sido muy poco estudiada; pero todo apunta a que fue bastante intensa. Contamos con testimonios directos conocidos, como el de John Hunter, pero, según señala Laspra, «...el volumen de la documentación que se generó en los meses previos al conflicto constituido por informes y correspondencia remitidos al gabinete londinense, por sus observadores en distintos puntos de España, es muy superior a lo que pudiese suponerse y descansa, sin desmenuzarse, en diferentes archivos y bibliotecas de Gran Bretaña, en especial en el *Public Record Office*...». Desde luego, Napoleón se quejaría reiteradamente de las actuaciones del espionaje inglés en España durante aquellos días y en los meses posteriores, así como del contrabando de mercancías que los mismos británicos efectuaban en las costas mediterráneas españolas. La propaganda napoleónica denunciaba la conspiración de El Escorial como una intriga británica, y el mismo emperador se lo habría manifestado a la reina de Etruria en la entrevista que mantuvieron en Milán en diciembre de 1807. Napoleón intentaba intensificar la entrada de sus fuerzas en la península Ibérica, señalando la necesidad de frenar así al que denominaba «partido inglés», para lograr la paz.

Mientras, de forma paralela, tras lo decidido en Tilsit el 8 de julio del mismo año, Napoleón buscaba un nuevo tratado que vinculase a la corte de Carlos IV a sus propósitos más estrechamente y le abriera la puerta a la posible invasión de Portugal. Para ello ordenó, el 29 de julio, la formación de un ejército de veinticinco mil hombres, en Bayona, cuya reunión comenzaría en agosto bajo el nombre de «Cuerpo de Observación de los Pirineos».³

Las negociaciones de los delegados de Napoleón con el representante español en París, Eugenio Izquierdo, de cara a la realización del aludido pacto franco-español, dieron un paso importante cuando el encargado de negocios francés en Lisboa, mr. De Rayneval, y el embajador de la monarquía española, conde de Campo Alange, presentaron, conjuntamente, en agosto de 1807, sus demandas para que Portugal adoptara duras medidas contra los intereses del gobierno de Gran Bretaña. Los franceses, buscando una excusa a la intervención que proyectaban, apoyados por los españoles exigieron al príncipe regente portugués que rompiese sus relaciones con Inglaterra, uniese su escuadra a las del bando antibritánico, confiscase las mercancías de procedencia inglesa y detuviese a los súbditos de esta nacionalidad que se hallaran en tierras portuguesas. De poco sirvieron las componendas buscadas desde Lisboa, con el beneplácito de Londres, para evitar el conflicto. La intransigencia de París, demandando el cumplimiento inmediato de todas las cláusulas del ultimatum franco-español, acabaría forzando la solución armada que Napoleón deseaba.

Entre tanto, iba éste dando largas a las pretensiones fernandinas sin llegar a ningún resultado concreto. Al pasar las semanas, y a falta de éxito en su empeño, el Príncipe de Asturias, retirado en El Escorial, dio sospechosas muestras de descontento y de crítica hacia lo que sucedía en la corte de su padre. Incluso escribió al emperador, un tanto imprudentemente, el 11 de octubre, comprometiéndose más de lo aconsejable. Los rumores sobre sus actividades llegaron a oídos de la reina, de Carlos IV y de Godoy. Para descubrir lo que estaba pasando se ordenó registrar las dependencias de Don Fernando y la incautación de sus papeles, en los cuales acusaba a Godoy de ambicionar la corona y planear la muerte de la familia real. El 29 de octubre el Príncipe de Asturias fue interrogado por algunos ministros y por Arias Mon, gobernador interino del consejo. A la vista de los hechos, el propio rey procedió al arresto de su hijo.

³ TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid, 1862, t. I, l. I, pp. 8-9.

Un decreto de Carlos IV, de 30 de octubre, daba cuenta de lo sucedido y del profundo disgusto que le había causado el comportamiento del Príncipe de Asturias, a la vez que mostraba su firme decisión de atajar el complot urdido. Simultáneamente el rey escribía a Napoleón para informarle de la situación creada por tales acontecimientos, los cuales describía con tintes muy severos, hasta el punto de calificarlos como «enormes crímenes», y, en consecuencia, se mostraba decidido a modificar el orden de sucesión al trono, de manera que alguno de sus otros hijos viniera a sustituir a Don Fernando.

En esa coyuntura es evidente que el emperador podía actuar a capricho de su voluntad respecto a sus planes para la península. Decidido al empleo de la fuerza, aceleró extraordinariamente la puesta en marcha de las tropas que, encabezadas por su antiguo embajador en Lisboa, Junot, debían ocupar Portugal. El 18 de octubre, nueve días antes de que concluyeran de manera formal las negociaciones con España (el correspondiente tratado se firmó en Fontainebleau el 27 de octubre de aquel 1807), había entrado en nuestro país la primera división de aquel ejército, al mando del general Delaborde. A éste le siguieron Loison y Travot al frente de la segunda y la tercera, y Kellerman como jefe de Caballería. Aquel ejército se encaminó de Irún a Burgos, Valladolid y Salamanca para cruzar la frontera hispano-portuguesa el 17 de noviembre, por Segura, en la región de Beira Baixa. La vanguardia de estas fuerzas entraría en Lisboa el 30 de noviembre. Paralelamente, debían sumárseles ocho mil infantes españoles y tres mil de Caballería para marchar sobre la capital de Portugal. Además, otros diez mil soldados españoles ocuparían la zona de Entre Douro y Minho hacia Oporto y seis mil más invadirían el Alentejo y los Algarves. Napoleón concentraría en Bayona cuarenta mil combatientes en las primeras semanas de noviembre por si fuesen necesarios para completar la campaña emprendida.

Pero Bonaparte podía no sólo permitirse introducir tropas a su antojo en España, sino que, como esperaba, se había convertido en el referente inexcusable en la evolución de la crisis de la monarquía española. No tardaría en ponerse de manifiesto esta circunstancia mientras sus soldados avanzaban por tierras de España. Probablemente la mano de Godoy movía los hilos del proceso contra los responsables del complot escurialense, pero no es menos cierto que el mismo Príncipe de Asturias declaró, a petición suya, ante el ministro de Gracia y Justicia, el marqués de Caballero, sus iniciativas cerca de Bonaparte y haber encargado a su principal mentor, el duque del Infantado, que tomase el mando de Castilla la Nueva, en el momento en que falleciera Carlos IV (supuestamente a consecuencia de

la conspiración tramada para entronizar a Don Fernando). Más aún, completó su «confesión» denunciando a Escoiquiz y al resto de los conjurados.

A pesar de todo, el Príncipe de Asturias iba a salir indemne de tan gravísimo trance debido, precisamente, a su relación con Napoleón. Asustado el entorno de Carlos IV por la posible implicación del emperador, el procedimiento contra Don Fernando quedó paralizado. Un simple escrito de disculpa, solicitando el perdón de sus padres, le valió, formalmente, para zanjar la cuestión.

Godoy, ante el sesgo que tomaba el problema, trató de presentarse como el mediador que había logrado restablecer la armonía familiar y política en aquella turbulenta corte. Sin embargo, según Toreno, sus propósitos, al aparecer como intermediario entre Carlos IV y su hijo no eran otros que «...presentar a Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinión nacional y perderle en el ánimo de sus parciales; poner a salvo al embajador francés y separar de todos los incidentes a la causa de su gobierno...».⁴ Desde luego, si tales eran sus objetivos, los efectos conseguidos fueron diametralmente opuestos. El mismo autor lo reconocía, en cierta medida, pues «...el público –escribía–, aunque no enterado a fondo echaba a mala parte la solicita mediación del «privado» y el odio hacia su persona, en vez de mitigarse, tomó nuevo incremento...».⁵

En el mismo sentido, aunque con mayor rotundidad, se manifestarían otros historiadores, unos años después, acerca del desenlace de aquella denostable maniobra fernandina. Así, M. Agustín Príncipe aseguraba que «...el proceso de El Escorial extravió lastimosamente la opinión pública. Perdonado el príncipe heredero a los cinco días de haber aparecido el terrible decreto de acusación, creyéronle todos inocente de los crímenes que en él se le imputaban, atribuyendo su causa a tramas urdidas por el favorito...».⁶

El Príncipe de la Paz se vería convertido en la encarnación de todos los vicios, errores y culpas, propios y ajenos. Era, sin duda, el personaje a propósito para imputarle cualquier pauta de conducta rechazada por la población, el sujeto responsabilizable de cuantos delitos, desviaciones e inmora-

⁴ TORENO, 1862, p. 14.

⁵ IBÍDEM.

⁶ PRÍNCIPE, M. A.: *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época*. Madrid, 1844-1848. 2 tomos. Sobre el pasaje que aquí tratamos puede verse el tomo I, capítulo XX, pp. 441-517.

lidades quisieran achacarle, bien como propios o en calidad de testaferrero de la majestad menos atacable de Carlos IV.

Sin embargo, algunas noticias demuestran que Godoy trataba de evitar, a todo trance, verse salpicado en episodios que pudieran dar pie a acusaciones por abuso de poder, soborno, etc. En enero de 1807, por ejemplo, se quejó de que su palco en uno de los teatros madrileños le resultaba incómodo. De inmediato, las autoridades municipales intentaron satisfacerle emprendiendo las obras requeridas.⁷ A este fin se pensó expropiar una vivienda lindera, con el objeto de ampliar el recinto teatral y agrandar el espacio del que disfrutaba el «Sr. Almirante».

Enterado don Manuel de que los planes previstos suscitaban la oposición del propietario de la casa, mandó suspender el proyecto. Más aún, habiendo adquirido los responsables del teatro algunas telas y otros adornos para la decoración del nuevo palco, que ya no se haría, pidió que se los enviaran a su casa junto con la factura. Los obsequiosos munícipes se apresuraron a hacerle llegar los objetos, pero no la cuenta. Godoy respondió, pasados unos días, amenazando gravemente a quien había «olvidado» reclamarle el pago, mostrando además sorpresa no pequeña, «...*pues –decía–, no puedo llegar a imaginar que hubiese un hombre tan audaz y temerario...*».⁸ No obstante, todos los esfuerzos del favorito de la reina por limpiar su reputación serían nulos. Por el contrario, la imagen de un Príncipe de Asturias intrigante, ambicioso y débil, más aún, cobarde, que emanaba de lo ocurrido, no prosperó. Al final, el odio de la gente contra el favorito de la reina se acrecentó.

Curioso desenlace el de aquella causa en la que un reo de la pena capital, como Don Fernando, y sus principales colaboradores, Infantado, San Carlos, Escoiquiz y los demás, quedaban finalmente absueltos el 25 de enero de 1808. Tan sólo, por disposición regia, se adoptó el extrañamiento de algunos de los imputados. Con tal resultado, la posibilidad de nuevas intentonas quedaba completamente abierta y la figura de Napoleón se había erigido, de manera definitiva, en la clave de cualquier acontecimiento del futuro político español.

Consciente de su ventajosa posición, el emperador continuaba enviando nuevos contingentes de soldados al otro lado de la frontera hispano-francesa, a la par que aumentaba su desconfianza hacia la monarquía española. Bien acogidos, o al menos tolerados al principio, no tardarían en aparecer los problemas cuando aquellas nuevas y cada vez más numerosas unidades fueron penetrando en nuestro país. El segundo cuerpo de obser-

⁷ Archivo de la Villa, Sección Corregimiento: 1/263/1.

⁸ Archivo de la Villa, Sección Corregimiento: 1/255/16.

vación de la Gironda, bajo el mando superior de Dupont, con las divisiones imperiales de los generales Borbón, Vedel y Malher, más la Caballería de Fresia entraron en España en diciembre de 1807. El mismo Dupont estaba en Irún el 22 de ese mes y, a comienzos de enero de 1808, en Valladolid, donde instaló un cuartel general, ocupando a la fuerza la casa de los marqueses de Ordoño.

Era evidente que aquellas unidades no se apresuraban ya a marchar contra Portugal, sino que apuntaban hacia Madrid. Mientras, las tensiones internas que reflejaban la lucha por el poder entre Godoy y los partidarios del Príncipe de Asturias abrían un frente de conflicto político llamado a cambiar los planes previstos en un principio.

En breve plazo, a partir del 9 de enero de 1808, la tercera oleada de soldados franceses, al mando de Moncey, se sumaba a los fuertes contingentes militares ya desplazados a la península Ibérica. Con Harispe como jefe de Estado Mayor, las divisiones de Mousniere de la Converserie; Morlot y Gobert, más la Caballería de Grouchi, integraban este llamado Ejército de Observación de las Costas del Océano, cuya presencia en España empezaba a preocupar muy seriamente tanto a la corte como a la población en general.

A las alturas de febrero de 1808 la situación se presentaba ya en toda su gravedad. Junot anunciaba, en Portugal, el sometimiento de aquel reino a la voluntad napoleónica y las tropas francesas ocupaban Pamplona, Barcelona y otras plazas. Poco después, en marzo, un nuevo ejército imperial, el de Observación de los Pirineos Occidentales, mandado por Bessiers, entraba también en España, donde la cifra de soldados franceses sobrepasaba ya los cien mil hombres.

La estrategia de Carlos IV, impedir la guerra con Francia a todo trance, recordando la derrota de 1793-1795, se mostraba imposible. No cabía más alternativa que evitar caer en manos del emperador retirándose a Andalucía, o a América si fuera necesario. Pero esta medida debía ejecutarse discretamente, sin despertar la reacción popular ante el abandono de la corte. Godoy, siguiendo el parecer del príncipe de Castel-Franco, hubo de convencer al rey de la conveniencia de emprender el camino hacia el sur.

Aun con los problemas que la empresa planteaba, Carlos IV anunció, al fin, a sus ministros, a mediados de marzo de 1808, la salida hacia Sevilla. Comenzaron, entonces, los preparativos en sigilo, entre ellos el traslado a Aranjuez de gran parte de la guarnición de Madrid como medida de protección para la familia real. Así se le comunicó a don Francisco Javier Negrete, capitán general de Castilla la Nueva, quien el 16 se entrevistó con

el gobernador del consejo Carlos Velasco. Como era de temer, la orden causó gran desasosiego en diversos medios (especialmente entre los funcionarios) que temieron perder sus empleos. El consejo acordó pedir a S. M. que considerase los peligros del viaje proyectado.

Si hacemos caso nuevamente a Toreno, los rumores habían alertado al pueblo de Madrid, «...*agitado ya con voces vagas e inquietadoras...*», desde la salida de Godoy para Aranjuez, el 13 de ese mes, y los preparativos «...*que se notaron de largo viaje en casa de doña Josefa Tudó, particular amiga del Príncipe de la Paz...*».⁹

El rey intentó aplacar los ánimos dando una proclama para tranquilizar a la gente, el 16 de marzo, insistiendo en la amistad de los franceses,¹⁰ pero su escrito no tuvo éxito pues el odio popular acabó considerando a Godoy responsable del temido viaje real; de la entrada de las tropas imperiales en España, hacia las que el recelo general iba creciendo rápidamente; y del acercamiento de las mismas a Madrid.

A medida que pasaban las horas, la desconfianza de la población hacia el gobierno no hizo sino aumentar. Algunos panfletos anónimos circularon por la ciudad con el propósito de asustar a Carlos IV y a la reina para que no abandonaran la capital. Se amenazaba incluso con tumultos si el rey no cedía ante lo que se consideraba una catástrofe. El partido «fernandino» estaba decidido a aprovechar la ocasión para asestar el golpe definitivo y alcanzar lo que no había logrado unos meses antes. Carlos IV había tratado de encontrar una salida pactada. El monarca, que se fiaba menos de su hijo que del propio Napoleón, ofreció al Príncipe de Asturias dejarle en Madrid como lugarteniente, con la obligación de mantener la integridad e independencia de España. Podría formar su propia corte y rodearse de quienes desease (menos Escoiquiz e Infantado). Pero Fernando VII, que a través de sus agentes manifestaba no querer abandonar la capital, mantuvo el doble juego que venía desarrollando y juró seguir a su padre al fin del mundo.

Mientras el infante Don Antonio, el ministro Caballero y el conde de Montijo (el «Tío Pedro») movían los hilos de la conspiración y algunos de los criados del primero, unidos a gentes venidas de diferentes puntos de La Mancha y parte de la tropa iban a ser la mano de obra del motín que el 17 de marzo de 1808, primero, y en la tarde del 19, después, llevarían a la abdicación de Carlos IV, a la proclamación de Fernando VII como rey y a la

⁹ TORENO, 1862, p. 25.

¹⁰ *La Gazeta de Madrid*, 23, de 8 de marzo de 1808.

detención de Godoy. Hasta aquí lo sucedido... Pero ¿cómo se había llegado a este punto?

*Información y comportamiento popular*¹¹

Primera fase (de octubre de 1807 a febrero de 1808): la incertidumbre

Cuando Napoleón decide ocupar España con el menor coste militar posible, uno de los aspectos a los que dedicaría atención prioritaria sería al esfuerzo propagandístico imprescindible para enmascarar sus propósitos. Sin duda los primeros resultados fueron positivos.

Hasta febrero de 1808 la incertidumbre, provocada desde los inicios de la llegada del ejército napoleónico, se mantuvo como sentimiento dominante en la mayoría de las gentes, frenando cualquier actuación eficaz para oponerse al avance francés.¹² Toda clase de infundios y conjeturas circulaban sobre la presencia y objetivos de aquellas fuerzas, algunas de las cuales se dirigían, oficialmente, a Portugal y el resto a Gibraltar dentro de la estrategia adoptada, en apariencia por voluntad conjunta de Francia y España, para combatir a Inglaterra.¹³

A la inercia general coadyuvaba en aquel periodo la pugna entre Godoy y sus opositores, arropados por el príncipe Fernando,¹⁴ la cual se centraría tam-

¹¹ Sobre este tema nos hemos ocupado parcialmente en DIEGO GARCÍA, E. de: «De Fontainebleau al Dos de Mayo», en *El Dos de Mayo y sus precedentes*, L. M. Enciso (ed.), Madrid, 1992, pp. 243-269.

¹² No obstante, los recelos y desconfianzas iniciales aumentaban paso a paso. El gobierno español recibía, a finales de 1807, noticias poco tranquilizadoras al respecto, en especial de Irún y Bayona. El general La Buria y otros encargados de labores de información enviaban al Príncipe de la Paz, durante la segunda mitad de diciembre de aquel año, continuos partes sobre la situación en los que podía leerse advertencias como esta, fechada el día 21 desde la referida ciudad francesa: «...opinan las gentes sensatas que estas tropas no van a Gibraltar e introducidas en España experimentaremos alteraciones y mudanzas», y, una semana después, estas otras recogidas en Irún: «...toma cada día mayor incremento en los hombres de bien el recelo de que Bonaparte quiera introducir novedades en España...». Esta correspondencia, mencionada por Godoy en sus *Memorias* y por PÉREZ DE GÚZMÁN, J.: *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*. Madrid, 1908, se encontraría en el Archivo de Palacio. Papeles reservados de Fernando VII, T. CII, folios 366, 367, 368, 370 y 371.

¹³ A este respecto cabría señalar que España se sumaba formalmente al bloqueo de las islas Británicas el 3 de enero de 1808.

¹⁴ La «camarilla» que movía los hilos contra Godoy y el propio Carlos IV (integrada por los infantes Don Antonio y Don Carlos, el duque del Infantado, el de San Carlos, el marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz, el de Bornos, el canónigo Escoiquiz, el coronel de Ingenieros Pedro Giraldo, el gentilhomme Juan de Villena, etc.) era la punta de lanza de los sectores nobiliarios y eclesiásticos que se veían perjudicados por la política godoyista.

bién especialmente en la batalla por el control de la opinión pública.¹⁵ Era ésta el preludio de un nuevo intento para asaltar el poder, por parte de éstos últimos, buscando siempre, simultáneamente, el apoyo de Napoleón, o cuando menos su tolerancia, mediante una serie de maniobras que el embajador francés alentaba, tratando de mantener la situación bajo su control para incrementar, en lo posible, la desestabilización de la corte de Carlos IV.¹⁶ La necesidad de los partidarios fernandinos de contar con el respaldo de Francia favoreció durante varias semanas la divulgación de rumores que presentaban a las tropas napoleónicas como garantía de que Bonaparte apadrinaba los proyectos antigodoyistas.¹⁷ Una posición de dependencia semejante, aunque por otros motivos, a la que atenazaba a Carlos IV forzándole a emitir mensajes igualmente tranquilizadores acerca de la presencia militar francesa, los cuales servían también al éxito de los planes napoleónicos al contribuir al sometimiento de los españoles.¹⁸ Era el mismo discurso que la embajada francesa hacía circular en Madrid.

Los acontecimientos discurrían, por lo tanto, en los cauces que el emperador deseaba, para dominar España, evitando cualquier posible resis-

¹⁵ Los que combatían a Godoy difundieron toda clase de informaciones tendenciosas con dos objetivos esenciales, realzar la figura del príncipe Fernando y desacreditar al valido «... *manos ocultas e incógnitos agentes fomentaban su crédito (el del príncipe Fernando), en la opinión, con el prestigio de una persecución que a todo el mundo se hizo considerar como injusta...*» en PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 80. Este «victimismo» fernandino se acuñaba en expresiones como «...*Al injusto no le aterran los suplicios/a su padre le dice desde luego/que el traidor de Manuel le tiene ciego/y que de su traición ni aún tiene indicios...*» con las que se pretendía elevar a Fernando a la categoría de héroe mientras se cargaban, día a día, toda clase de vicios y defectos en la persona de Godoy convertido en su contrafigura: avaro, ladrón, prevaricador, según estos versos: «...*De día en día con mayor anhelo/vas, infame Godoy, vas haciendo/cuanto oro y plata de su rico suelo/con crudas ansias desentraña el indio...*»; y, cómo no, de traidor: «...*El traidor Galalón en su aposento/asociado de viles consultores/para tales empresas los mejores/vendidos y agregados en su intento/al príncipe de Asturias ;que furor!/hace traidor;/qué demencia!/a la inocencia/al hombre sabio;/qué agravio!/al amor paternal el rey no atiende/y amenaza a su hijo y aún le prende...*». Estas «aretilas», recopiladas en una publicación aparecida algunos meses después de la caída del Príncipe de la Paz bajo el título de *Godoy. Sátira...*, Imprenta de Repullés, Madrid, 1808, que puede verse en la Biblioteca Nacional (R/60280), junto con otros papeles de la colección Gómez Imaz, son buen ejemplo de la multitud de dichos y coplillas semejantes que circulaban prolijamente, de forma oral, en medios madrileños durante las semanas siguientes al descubrimiento de la conspiración de El Escorial.

¹⁶ El embajador Beauharnais abonó la idea, a la que ya nos hemos referido, de un posible matrimonio del príncipe Fernando con alguna princesa de Francia (en concreto una hija de Luciano Bonaparte), y manejó, en gran medida, los hilos de la trama descubierta a finales de octubre de 1807 en El Escorial.

¹⁷ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 80: «...*Se insistiría en el rumor torpe y desmadrado de toda serie de autoridad de que las tropas vendrían a Madrid para llevar a efecto los supuestos propósitos generosos del emperador...*».

¹⁸ A pesar de que la nota del embajador Beauharnais a Cevallos, del 9 de febrero de 1808, anunciando de modo oficial la entrada de quince mil soldados franceses por Perpignan hacia Barcelona

tencia. El éxito de su estrategia se debía pues a que su descripción de los acontecimientos coincidía a grandes rasgos, hasta entonces, con la difundida por las fuentes oficiales españolas autorizadas, bien por la legitimidad «de jure» (Carlos IV), o por la credibilidad «de facto» (el Príncipe de Asturias).

El «universo» así creado por la propaganda conjunta se imponía, manteniendo la paz o, cuando menos, la tensa espera de lo que se avecinaba, aun cuando la realidad cotidiana generara, como es lógico, unos flujos informativos, en función de las experiencias e intereses inmediatos de las gentes, bastante opuestos, en algunos casos, a la versión oficial. El «universo tangible», confrontando al de la propaganda, permanecería sometido a ésta en una relación dialéctica, de forzada acomodación, hasta que la «información» sobre el mismo comenzara a cuartearse. Algo difícilmente evitable, a corto o medio plazo, dada la relación de las fuerzas implicadas. Pero, por el momento, la situación respondía a las tesis oficiales.

Todavía a finales de febrero, a pesar del desasosiego creciente, la vida en Madrid continuaba dentro de una aparente normalidad. Los lugares públicos de reunión y esparcimiento, en particular bailes y teatros, mostraban notable actividad.¹⁹ Las recaudaciones diarias de los tres principales coliseos de entonces, (el del Príncipe, el de la calle de la Cruz y el de los Caños del Peral), aunque habían descendido ligeramente respecto a etapas anteriores, se mantenían en conjunto cercanas a los catorce mil reales al día;²⁰ el abastecimiento de los productos de primera necesidad y los precios evolucionaban sin sobresaltos.

(aunque decía que sólo para descansar en su camino a Cádiz, el anuncio del avance de Moncey hasta Burgos y, sobre todo, la ocupación por D'Armagnac y Duhesme de las ciudadelas de Pamplona y Barcelona, el 6 de febrero y el 5 de marzo de 1808 respectivamente), además de las peticiones y advertencias formuladas por el mismo Napoleón, a través de don Eugenio Izquierdo, al mismo Carlos IV, no dejaban lugar a dudas definitivamente sobre el peligro en que se encontraba la monarquía española. El propio Murat, en carta a Napoleón de 29 de febrero de ese año, escribía: «...Hasta la ocupación de la ciudadela de Pamplona, se ha mirado a los franceses en España sin temor ni recelos; pero estos dos sentimientos se han despertado a la noticia de la toma de esta fortaleza y la costernación es general en todas las clases...». MURAT, J.: *Lieutenant de l'Empereur en Espagne*. Cap. I, p. 115.

¹⁹ Entre el 14 de febrero y el 1 de marzo de 1808 se puso en escena en el teatro del Príncipe uno de los mayores éxitos de este tipo de espectáculos en mucho tiempo. La obra titulada *Marta la Romantina* cuyos decorados, debidos al tramoyista José Maiquez, causaron «...tanto placer y tanta sorpresa, así a los rudos como a los inteligentes espectadores...»: *Diario de Madrid*, 6 de marzo de 1808.

²⁰ A las representaciones teatrales asistía masivamente un público heterogéneo atraído por la calidad de los actores en aquellos días. El elenco del teatro del Príncipe lo encabezaban nombres señeros como Isidoro Máiquez y Antonia Prado (su esposa), Andrés Prieto, María García, Concepción

La segunda fase (marzo de 1808): el miedo

Con el paso de las jornadas se modificaría el panorama al acrecentarse la inquietud y el desasosiego populares. La información desprendida de lo que hemos dado en llamar el «universo tangible», contrarrestando los logros de una propaganda, dividida ya por el doble discurso que empezaba a emitir el entorno fernandino, se iba apoderando de la opinión pública. La evidencia inocultable de que las tropas francesas procedían más como dominadoras que como aliadas, y las noticias que corrían acerca de la posible salida de España de la familia real, conturbaron gravemente el sentir general.

De poco valieron las disposiciones de Murat, publicadas el 13 de marzo de 1808, pidiendo a sus hombres que trataran a los españoles como a franceses. Los aprovisionamientos forzados al ejército imperial y los atropellos de los soldados napoleónicos suscitaban continuos descontentos en los pueblos y ciudades españolas por donde aquéllos iban pasando. Buena parte de culpa en la escalada de tensiones se debía a la incapacidad de Carlos IV para atender al abastecimiento de las tropas francesas, oficialmente aliadas, a las que se había comprometido a mantener. La animosidad popular por tales cargas, como tantos otros descontentos, podía derivarse, fácilmente, contra Godoy.

Tampoco resultó tranquilizadora la respuesta del duque de Berg a la carta que le fue enviada por el valido, a través de su comisionado Pedro Velarde, aunque en ella afirmaba Murat, desde Buitrago, que el ejército francés, de momento, no tenía órdenes de entrar en Madrid y que si las recibía no se pondría en marcha sin comunicarlo al gobierno español. Más aún, anunciaba la llegada del emperador en cuatro o cinco días y aseguraba que el lugar de destino de sus tropas era Cádiz, las cuales se detendrían en la capital española únicamente el tiempo imprescindible.

El propósito más o menos claramente forzado de marchar a Aranjuez colocaba al rey, a la reina y a su inspirador Godoy en una difícil posición que les obligaba, como decíamos, a mantener en secreto los preparativos del

Lladó y Concepción Velasco, sin que le fueran mucho a la zaga los del teatro de la calle de la Cruz: Mariano Querol, María Palma, María Bargas, Antonio González. En el de los Caños del Peral se ofrecían espectáculos de danza a cargo del maestro de baile mr. Lefebre, sus discípulos y Fernanda Lebrunniere. Funcionaban, además, regularmente varias «...máquinas pintorescas, artilugios que producían efectos luminosos, cromáticos y acústicos espectaculares y que podían servir de base a representaciones dramatizadas de algunos episodios... Una de ellas estaba en la calle Preciados, cerca de la casa de la Inclusa; otra en la casa del Espadero, y una tercera en la calle de la Cabeza, número 24...».

viaje. Pero sus enemigos no desaprovecharían la ocasión que se les presentaba para propalar, convenientemente aderezado, todo lo que se tramaba en palacio. La batalla informativa experimentó entonces una notable variación. La ofensiva de la camarilla encabezada por el duque del Infantado, dirigida en lo fundamental a la descalificación personal del Príncipe de la Paz, se amplía cualitativamente.

Al pueblo de Madrid, que sabe de la próxima llegada de las fuerzas francesas, no sólo se le pone al corriente del posible viaje de la familia real, sino que se le excita al miedo con las noticias de la situación vivida en Portugal. Allí, según se decía, los soldados de Junot habían tomado por pretexto la marcha de la reina y el príncipe para adueñarse no sólo del país, sino también de las propiedades particulares. En tal coyuntura, cuando la monarquía aparece como la única institución capaz de garantizar la libertad, la independencia y la integridad del territorio, además de los bienes de los súbditos, la retirada de Carlos IV se presentaba como una huida inaceptable.

El miedo se unía a la incertidumbre y la población madrileña comenzaba a dar señales del estado de alarma en que se encontraba. Las gentes se retraen de asistir a los lugares de diversión, (las recaudaciones de los teatros descenden una media del treinta por ciento a lo largo de la primera mitad de marzo).²¹ La ciudad vive momentos de grave agitación a medida que transcurren las jornadas, hasta el punto de que el día 15, ya en plena anarquía, parecía inminente el estallido de una revolución.²² Godoy quiso dar un bando para tranquilizar a la población, pero el Consejo de Castilla, dominado por los fernandinos, no lo publicó. «...*Los ánimos* –escribiría M. A. Príncipe– *estaban espantosamente alarmados y el vulgo andaba por las calles, llevado de la curiosidad y del desasosiego, presagiando todo un tumulto al menor esfuerzo que hicieran (sic) los agentes de Fernando para hacerle estallar...*».²³

Tampoco el rey tenía verdadera capacidad de respuesta, atrapado por la exigencia de mantener oficialmente su postura amistosa con Francia, obligado pues a manifestar y pedir confianza en Napoleón,²⁴ mientras las ame-

²¹ *Diario de Madrid*, 1-15 de marzo de 1808. Este periódico recoge puntualmente la información sobre asistencia teatral como uno de sus temas habituales.

²² Rapport de La Vauguyon au Grand Duc de Berg de 18 de marzo de 1808. Archivo de los Príncipes Murat (París), según PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 119.

²³ PRÍNCIPE, 1844-1848.

²⁴ Uno de los últimos escritos en esta línea sería el ya mencionado decreto que Carlos IV firma en Aranjuez, a 16 de marzo de 1808, y que publica el *Diario de Madrid* dos días más tarde: «...*respirad tranquilos... sabed que el ejército de mi caro aliado... atraviesa mi reino con ideas de paz y amistad... conducíos como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro buen rey...*».

nazas de Bonaparte, que la gente no conocía, le conminaban a intentar la maniobra defensiva de marchar a Cádiz o a América para evitar caer en sus manos, algo imposible de explicar a esos mismos españoles a quienes había mentido sistemáticamente.

La salida de Madrid hacia Aranjuez de la mayor parte de las tropas que guarnecían la capital, el 16 de marzo, a la que nos hemos referido, se interpretó como la señal inequívoca de que el viaje de la familia real era inminente. El rey se colocaba, en el ánimo popular, al borde de la ilegitimidad y de la traición. Había roto el pacto «no escrito» con sus súbditos que otorgaba sentido a la monarquía, pues se comportaba como el padre que abandona a sus hijos; sólo el príncipe Fernando, siempre según la propaganda de sus afines, falsa como sabemos, se opondría a tal despropósito, pero se vería arrastrado por la fuerza a seguir los pasos de la corte. El príncipe, presentado como víctima del malvado Godoy y la alternativa al viejo rey, tomaba día a día perfiles mesiánicos en la opinión pública.

Carlos IV y Godoy eran, por tanto, los primeros perdedores de la guerra propagandística. La evidencia de la contradicción entre el mensaje que habían difundido y la realidad era total e inmediata, acarreado con ello su completa pérdida de credibilidad. Al mismo tiempo, las maniobras del entorno fernandino habían conseguido crear un «estado de necesidad» que facilitaba, decisivamente, el motín.

La población de Madrid, al menos la que se manifestaba abiertamente, se echó a la calle con grandes muestras de alegría. Por unos momentos se liberaba así del miedo o intentaba aprovecharse de los bienes que, ocasionalmente, pudiera conseguir en el tumulto desatado contra el caído Godoy o, mejor dicho, contra sus pertenencias y las de sus amigos.²⁵ Esta válvula de escape a la tensión acumulada se mantuvo durante los días siguientes, pero su prolongación amenazaba extenderse y convertir la ciudad en un caos permanente. Las autoridades debían poner fin cuanto antes a los excesos que seguían cometándose pues, aparte del peligro social que aquello entrañaba, las tropas francesas estaban a punto de entrar en Madrid y había que ofrecer una imagen de orden que evitara, a todo trance, cualquier dis-

²⁵ Las gentes salieron a la calle al grito de ¡Muera el choricero! ¡Viva el rey! Formando numerosos grupos en la calle del Barquillo, frente a la casa de Godoy, y en la calle de Alcalá, esquina al Prado, ante la de su hermano Diego. Pronto fueron asaltadas ambas, así como las de los principales amigos y simpatizantes del Príncipe de la Paz (Moratín, Amorós, Cayetano Soler, Duro y Solano, José Marquina, etc.), en un saqueo que, desde la noche del 19 al 20 de marzo, continuó varios días. Ante la inhibición de las autoridades, fueron abiertos los presidios del Prado y del puente de Toledo, saliendo de ellos buen número de delincuentes comunes que contribuyeron a crear un clima de inseguridad ciudadana.

culpa con la que pudieran justificar algún tipo de intervención que les hiciese con el control absoluto de la capital.

El 20 se tomaron las primeras disposiciones procediéndose a la formación de rondas de vecinos que, dirigidas por los alcaldes de barrio, impusieron orden. El 21, ante la incapacidad de éstas para acabar con los atropellos, se establecieron patrullas militares con el mismo objeto que, poco a poco, terminaron con los actos de pillaje. Al tiempo se publicaban diversas órdenes de Fernando VII al gobernador interino del Consejo de Castilla, Arias Mon, para tranquilizar los espíritus asegurando el castigo de Godoy y solicitando calma con la promesa de que «...*ha resuelto pasar a esta villa para proclamarse pero que quiere que el pueblo de Madrid ... le dé pruebas de sosiego y tranquilidad...*»,²⁶ mientras anunciaba, además, que, «...*está pensando muy seriamente en desagraviar a todos sus amados vasallos que hayan padecido por su causa y que velará continuamente y no cesará de tomar cuantas providencias sean oportunas para su felicidad...*»;²⁷ es más, se emplearía el gran amor que S. M. les profesa en «...*satisfacer los deseos del pueblo de Madrid...*»;²⁸ para ello, todos los vecinos y habitantes deben retirarse a sus casas y guardar la más perfecta quietud. Les estaba diciendo lo que querían oír, de modo que este discurso encontraba fácilmente eco favorable.

Pero otro problema se presentaba de más ardua solución. Casi sin tiempo de intentar calmar a sus súbditos, el nuevo rey hubo de buscar que Napoleón aceptase lo ocurrido en Aranjuez, por cuanto los soldados imperiales, al mando de Murat, se hallaban a las puertas de Madrid. No

²⁶ *Diario de Madrid*, 21 de marzo de 1808.

²⁷ *Ibidem.*: Era la hora del cambio en el poder, o al menos de su inicio, con el nombramiento de nuevos gobernantes (el duque del Infantado consigue alguno de los empleos más importantes, entre ellos el de coronel de las Guardias Reales y presidente del Consejo de Castilla), en tanto que todos los confinados por la causa de El Escorial eran llamados inmediatamente junto a su Majestad. Sólo la marcha de los acontecimientos impediría llevar a cabo, de manera inmediata, una remodelación completa de los diversos cargos a todos los niveles.

²⁸ *Diario de Madrid*: Con este fin de atraerse a las gentes, uno de los primeros decretos firmados por el nuevo monarca, en la noche del 19 de marzo, suprimía el impuesto sobre el vino. Muchas otras promesas formuló Fernando VII en los días siguientes para contentar a los madrileños y asegurarse su apoyo. Además de solicitar diversos proyectos para concluir el canal del Manzanares y la traída de aguas del Jarama a Madrid (*Gazeta de Madrid*, 25 de marzo de 1808), ordenó que se permitiera a los vecinos de la capital y pueblos de los alrededores intentar extinguir lobos, zorros y toda clase de alimañas, al tiempo que anunciaba la reducción de los cotos de caza mayor y menor y que se aprovecharan los pastos y leñas de los montes próximos a la ciudad (Real Decreto de 22 de marzo de 1808, en *Diario de Madrid*, 25 de marzo de 1808). Otra cosa sería el verdadero alcance práctico de estas disposiciones, pues una Real Orden de 5 de abril de 1808 advertía a algunos campesinos que habían comenzado a entrar en el monte de El Pardo que se abstuviesen hasta que se dictasen las providencias regulando el decreto del 22 de marzo, que quedaban así en letra muerta.

lo tenía fácil puesto que Carlos IV había enviado, el 21 de marzo de 1808, una carta al emperador haciéndole saber que se había visto obligado a abdicar por la fuerza. Fernando VII, para asegurarse la benevolencia de Bonaparte, se apresuró a comunicarle su versión de los acontecimientos, asegurando, de paso, que no variaría la política de su padre, sino que, antes bien, estrecharía los vínculos de amistad y alianza con Francia. Como prueba repetía a los madrileños el mismo mensaje que tanto él como Carlos IV habían venido anunciando: las tropas francesas deben ser recibidas como amigas y atendidas con los bienes que necesitan.²⁹

Una vez más Fernando practicaba un doble juego. En no pocas ocasiones, cuando le había convenido, había presentado a los soldados napoleónicos como un apoyo a su causa, pero, a la vez, también como una amenaza para todos. Ahora hacía protestas de amistad en los papeles públicos, pero su red alternativa de informadores se mantenía dispuesta a difundir el mensaje contrario en cuanto las circunstancias lo aconsejasen, algo que no tardaría en ocurrir.

Tercera etapa: los franceses en Madrid, de la expectación a la violencia

Los sucesos de Aranjuez precipitaron la entrada de las fuerzas de Murat en la capital de España.³⁰ El 23 de marzo, sin haberse recuperado aún de las conmociones vividas en las horas precedentes, los madrileños veían en sus calles a los soldados del dueño de Europa. Seguramente, como escribiría más tarde Alcalá Galiano, por lo menos gran parte de ellos, «...*con curiosidad y no con desabrimiento, pero con gusto tampoco...*»,³¹ desde luego no con el entusiasmo que pretendían *La Gazeta de Madrid* y la prensa oficial

²⁹ Como muestra, en el *Diario de Madrid* de 23 de marzo de 1808 se publicaba el siguiente «aviso al público»: «...*Debiendo pasar por esta Corte con destino a Cádiz varias divisiones de las tropas francesas, siendo la voluntad del Rey nuestro Señor que sean alojadas con la comodidad posible; y deseando el corregidor de Madrid que se verifique con la menor incomodidad del vecindario, se avisa al público que todos los que quisieren presentar camas compuestas de sus correspondientes prendas y bien acondicionadas, sean de la clase que fueren, les serán admitidas con el alquiler que según su clase se regule merezcan, para lo que se acudirá a la habitación habilitada para el efecto en la iglesia de San Miguel...*».

³⁰ Como parte de un dispositivo más amplio para asegurarse el control de la ciudad, donde introdujo unos diez mil hombres, pues la mayor parte de sus efectivos los desplegó estratégicamente por los alrededores.

³¹ ALCALÁ GALIANO, A.: *Memorias de don Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*. Imprenta de Enríque Rubiños, Madrid, 1886, 2 volúmenes.

francesa, pero es probable que sin la hostilidad general que han expuesto otros autores.³²

Ciertamente había motivos en aquel momento para toda clase de reacciones. Obedeciendo a las directrices comunicadas oficialmente por los gobernantes, no faltaban personas que creían todavía en los propósitos de paz y amistad de las tropas de Napoleón, mientras muchos sentían hacia los franceses la animadversión despertada por las malas noticias llegadas de otros puntos que ya habían ocupado. Con todo, la fama de aquellas unidades y las especiales circunstancias que la ciudad vivía, en espera de recibir al nuevo rey, hacían que la mayoría de las gentes, dentro del lógico recelo, contuviesen sus manifestaciones.

Podemos, sin embargo, calibrar las reacciones de los vecinos de Madrid por otros índices más significativos que la mera expectación, como por ejemplo la respuesta dada a las demandas para el abastecimiento de los franceses. Así, en vísperas de la entrada de Murat, las autoridades madrileñas solicitaron del público la entrega de camas y ropas para alojar a los soldados en el depósito establecido al efecto en la iglesia de San Miguel, prometiendo abonar el correspondiente alquiler y devolverlas en su momento; pues bien, muy pocos madrileños prestaron su colaboración.³³

Al día siguiente de la llegada de las tropas del emperador efectuó su entrada en la corte Fernando VII. Ahora sí, el entusiasmo popular fue enorme. No obstante, algunos soldados franceses promovieron ya los primeros incidentes y Murat no se presentó en palacio a dar la bienvenida al rey, circunstancias ambas que fueron muy mal vistas por el pueblo madrileño. La actitud del duque de Berg obedecía a las instrucciones del embajador Beauharnais,³⁴ quien tampoco había felicitado a Fernando en Aranjuez después de que tomara la corona. Para Napoleón y sus representantes, conocedores de lo ocurrido, el nuevo rey era un ser abyecto, aunque, de momento, fingieron otra cosa. La hipocresía recíproca daría paso rápidamente al enfrentamiento.

³² PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, pp. 172-176, recoge reseñas encomiásticas de *La Gazeta de Madrid* y de *Le Moniteur Universel*, así como algunas citas bibliográficas en sentido opuesto entresacando de publicaciones como *Idea y conducta del Gobierno francés en España desde la Paz de Basilea hasta mediados de 1808*.

³³ También podía reflejar un temprano sentimiento antifrancés el ataque sufrido por propiedades de súbditos de esta nacionalidad, residentes en Madrid, durante el tumulto popular del 20 de marzo, según la reclamación de daños presentada al gobierno español por el encargado de negocios francés, mr. J. Bte. Lapouyade, aunque éste sería un dato difícil de contrastar adecuadamente.

³⁴ Por estas fechas decidió Napoleón relevar a su representante en Madrid enviando al conde de La Forest para ocupar el cargo.

El último tramo: Madrid hacia el levantamiento popular

La evolución de los acontecimientos había permitido a Napoleón, a bajo precio como hemos visto, importantes avances en el orden militar (con Madrid prácticamente en su poder) y en el orden político (al aumentar su capacidad de intervención y arbitraje en la pugna interna de los Borbones españoles), pero le restaba culminar sus aspiraciones de obtener la corona de España aprovechándose de la pugna entre los dos bandos en que se hallaba escindida la familia real española. Así pues, a pesar de los cambios introducidos en el panorama institucional por el golpe de estado que derribó a Godoy y a Carlos IV, el nuevo monarca español y el emperador de los franceses continuaban persiguiendo aún sus últimas metas. Fernando VII seguía precisando el reconocimiento de Francia, Bonaparte mantener la calma de la población hasta completar su dominio de España y consumir el cambio de monarquía.³⁵

Napoleón contaba con la fuerza de las armas y la maniobrabilidad política inmejorable que le confería el haberse convertido en la esperanza del derrocado Carlos IV y de Fernando VII, desde una superioridad ética frente al padre y al hijo, quienes buscaban su auxilio en un pleito tejido de toda clase de indignidades. El éxito de su empresa parecía cuestión de poco tiempo y sería más fácil en cuanto liquidase cualquier oposición que sólo podría venir de Fernando VII; pues de Carlos IV, la reina y Godoy sabía, y no se recataba de expresarlo entre sus allegados, que eran individuos sin influencia y sin crédito. Para allanarse definitivamente el camino bastaría con separar al nuevo rey de sus apoyos: el pueblo (especialmente el de Madrid) y las instituciones civiles y militares que le eran fieles.

El buscado aislamiento, incluso físicamente, de Fernando VII le exigía proceder con cautela y empeñar una nueva batalla informativa, cuya primera fase debía mantenerse sobre los mismos esquemas que hasta entonces, con idéntico mensaje de armonía entre supuestos aliados, sin descubrir otras pretensiones.

³⁵ «...*El primer objetivo de Napoleón había sido hasta entonces ... llegar a Madrid sin hostilidades, marchar con confianza y en actitud de paz pero tomando las precauciones convenientes...*», entre éstas la cobertura informativa más rentable seguía siendo prioritaria. Reiteradamente encargó a Murat que procurase atraerse a la opinión pública. A ese efecto se dirigió la orden al duque de Berg, de 13 de marzo de 1808, apenas llegado a España, prometiendo que se abonaría a sus propietarios el valor de los abastecimientos que el ejército francés había ido tomando en los pueblos ocupados y, de continuo, recibirá instrucciones del emperador para controlar las informaciones que corren por el país. Sobre el cambio de la monarquía en España, el 26 de marzo de 1808, escribía a su hermano el rey de Holanda anunciándole este proyecto y ofreciéndole la corona.

Fernando, en principio, no podía oponerse a este diseño propagandístico por la debilidad de su posición, siempre pendiente de la legitimación de Bonaparte, aunque de este modo corría el peligro de quedar incomunicado, como le había sucedido a su padre, si se limitaba a amparar la imagen favorable sobre la presencia de soldados franceses. Era tal la necesidad de obtener la aprobación del emperador a lo ocurrido en Aranjuez que, a pesar de los temores, durante algunas fechas, aún se albergaba en los círculos próximos al rey Fernando la ilusión de un rápido desenlace favorable. El viaje que Napoleón había anunciado realizaría a España volvía a parecer inminente.³⁶ En Madrid se publicaron varias disposiciones de las autoridades fijando la venida del emperador para el día 24 ó el 25 o, lo más tarde, el 26 de marzo de 1808.³⁷

Sin embargo, pasaban los días y la esperada llegada de Bonaparte no acababa de producirse, en tanto que la situación en Madrid se deterioraba rápidamente. Por una parte, Murat mostraba una actitud distante con Fernando VII y las autoridades españolas, al tiempo que se había convertido, sospechosamente, en valedor de Carlos IV, su esposa María Luisa, la reina de Etruria y Godoy. Por otra, desde el primer momento las relaciones de la tropa con la población civil fueron difíciles, sin que bastasen las disposiciones del duque de Berg y las de las autoridades españolas para evitar los incidentes.³⁸ Según escribiría más tarde algún autor, «... apenas introducidos en Madrid, comenzaron los soldados franceses a tomar cierto aire de

³⁶ Acabó siendo una parte de la estrategia de Napoleón para ganar la confianza de la familia real española, primero de Carlos IV y luego de Fernando VII, pero en algunos momentos el mismo emperador parecía seriamente decidido a llevarlo a efecto. Por ejemplo, en su carta a Murat, de 23 de marzo de 1808, se disculpaba por haberlo diferido varias veces, alegando que el retraso se debía a la declaración de guerra entre Rusia y Suecia y los asuntos relacionados con la participación francesa en este conflicto.

³⁷ El *Diario de Madrid* publicaba el 25 de marzo de 1808 un bando del Consejo, siguiendo las instrucciones de la Real Orden de 23 de marzo en la que se pedía a los madrileños que a su inmediata llegada Napoleón fuese «...tratado con todas las demostraciones de festejo y alegría que corresponden a su alta dignidad e íntima amistad y alianza con el Rey N. S., de lo que se espera la felicidad de la nación...». Murat insistió en días sucesivos en la inmediata presencia del emperador en la ciudad y, en carta a Bessiers, el 30 de marzo, Napoleón volvía a asegurar que se desplazaría a Madrid, donde pensaba llegar el 10 de abril, en la cual también le confesaba a su general que ni había reconocido a Fernando ni le pensaba reconocer. Se volvieron a programar los numerosos actos para su recibimiento, incluso se proyectó organizar una corrida de toros, pero Napoleón acabaría cambiando de parecer.

³⁸ La *Gazeta de Madrid* de 27 de marzo de 1808 publicó la proclama de Murat a sus hombres dada el 22 en su cuartel general de Chamartín bajo el título Providencias que para la mejor disciplina de las tropas francesas se ha servido tomar S.A.I.R. el Gran Duque de Berg en el bando que se imprime para noticia del público, en la que advertía que Madrid «...es la capital de una nación aliada que debe hallar en el Ejército francés su fiel amigo...». Por su parte, el Consejo de Castilla estableció tabernas especiales para la tropas francesas e implantó un servicio para que fuesen abaste-

*imperio y señorío como si fueran ya los soberanos de la corte ... por lo que el pueblo empezó a mirar con desconfianza aquel aparato que llevaba todas las apariencias de la hostilidad...».*³⁹

Como consecuencia, la tensión en el ambiente madrileño crecía constantemente. En la última semana de marzo menudearon los incidentes, con un saldo de al menos seis soldados franceses muertos y tres heridos, víctimas de las reyertas en calles y tabernas.

El episodio más destacado de aquellos primeros enfrentamientos entre los vecinos de Madrid y la tropa francesa tuvo como escenario la plaza de la Cebada, el 27 de marzo, un hecho peligroso, sin duda, pues estuvo cerca de desencadenarse «...una gran conmoción en la que hubiera podido derramarse mucha sangre...».⁴⁰ Las muestras de animadversión se sucederían sin pausa y las reiteradas demandas de suministros para el ejército de Murat encontraban escaso eco, aunque se prometiera el pago de los productos reclamados a precios de mercado y aun superiores.⁴¹

Todas las noticias demuestran la no aceptación, cuando no el amplio rechazo popular, más o menos explícito, hacia los soldados y oficiales de Napoleón,⁴² algo que las mismas autoridades encargadas de mantener la concordia ciudadana admitían directa o indirectamente en sus escritos al

cidas de los principales productos con puntualidad: pan, carne, cebada, vino, legumbres, leña, paja, etc, además de asegurar el alojamiento de jefes y oficiales tanto en casas distinguidas como en posadas y toda clase de edificios públicos y privados, entre aquellos diversos cuarteles y, además de la iglesia de San Miguel, también se instalaron en los conventos de San Francisco, la Trinidad, Santo Tomás y la Merced Calzada, entre los últimos que tuvieron que acoger a oficiales subalternos y soldados que no tenían cabida en los edificios militares.

³⁹ MARTÍNEZ COLOMER, Fr. V.: *El filósofo en su Quinta, o relación de los principales hechos acontecidos desde la caída de Godoy hasta el ataque de Valencia*. Valencia, 1808.

⁴⁰ TORENO, 1862, I. II, p. 34.

⁴¹ El *Diario de Madrid* de 29 de marzo de 1808 publica el anuncio de uno de los repetidos «concur-sos» de abastecimiento: Noticia «...*Quien quisiere abastecer en el todo, o en alguna parte, de vino y legumbres para el surtido de las tropas francesas que se hallan en esta corte y pueblos comarcas, acuda ante el señor Corregidor, Intendente de esta provincia, presentando sus pliegos y proposiciones al ramo o ramos que les acomode, por la escribanía del número y ayuntamiento de esta villa del cargo de D. Santiago de Estepar, en el supuesto de que serán efectivos los pagos de los respectivos artículos que cada uno contrate. Madrid, 27 de marzo de 1808...*». Apenas dos días después el mismo periódico de 31 de marzo de 1808 incluía este «Aviso al público»: «...*No habiéndose aún verificado la llegada a esta Corte del número de mantas encargado para el surtido de las tropas francesas, y habiéndose considerable número de éstas acampado sin tener con que abrigarse, se avisa al público por el Corregidor para que noticioso de esto puede ejercer la caridad que le es tan natural, proporcionando cada reino el número de mantas que le sea posible, a cuyo fin pasaran los caballeros capitulares y los Alcaldes de Barrio por todas las casas en el concepto de que en cada barrio habrá un carro dispuesto para llevar al almacén, que se halla en la que fue iglesia de San Miguel, aquellas que sus dueños no pudiesen enviar...*».

⁴² A propósito del talante que reinaba, cabe recoger un incidente de cierta notoriedad con los propios edecanes del duque de Berg, a quienes se exigió el pago del palco que ocupaban en el teatro de la

público y en las medidas de gobierno que adoptaban.⁴³ Madrid no había vuelto a recuperar en ningún momento la quietud, aunque fuese un poco forzada, que tuvo hasta primeros de marzo.⁴⁴

La conducta de Napoleón, aplazando una y otra vez su prometido viaje a Madrid, y la de sus delegados en la capital, en la que tampoco se atisbaban signos positivos para la causa fernandina, provocaron intranquilidad en la población y desconcierto en el rey y en sus consejeros, quienes volvían a

calle de la Cruz, «...que no pensaban pagar porque en todo el mundo no se ha hecho nada semejante...». Después de varias fricciones pagaron pero, ante el disgusto que ello había supuesto para el propio Murat, el ayuntamiento quiso devolverles el dinero responsabilizando al administrador del teatro. Los franceses no aceptaron la devolución y dejaron su dinero «para limosnas» (Archivo de la Villa, Secretaría, 2/454/8).

⁴³ El *Diario de Madrid* de 3 de abril de 1808 incluye un bando, reproduciendo un Real Decreto de 2 de abril, en respuesta al evidente malestar con el cual se trataba de tranquilizar a la población y aunque achaca a «...algún corto número de personas el que se haya intentado perturbar la buena armonía...», se insiste en que tan «...perjudicial conducta nace quizá en algunos de una infundada y ridícula desconfianza acerca del intento que dichas tropas permanezcan en la corte y en otros pueblos del reino, no puede menos de advertir y asegurar por última vez a sus vasallos que deben vivir libres de todo recelo en esta parte ... que las intenciones del gobierno francés son ... ejecutar los planes contra el enemigo común...». No cabe duda de que el asunto tomaba mayores dimensiones de las que se quiere reconocer y de ahí la necesidad del decreto. Se reafirma por el nuevo bando de la misma fecha que ponía a la villa poco menos que en estado de sitio: «...Bando. Manda el Rey Nuestro Señor y en su Real Nombre los Alcaldes de esta Casa y Corte, que a fin de conservar y mantener la tranquilidad pública y buen orden de esta Corte, se continúen las Rondas que se mandaron formar el domingo veinte del próximo mes de Marzo, para que cuiden de evitar no sólo toda la inquietud, sino la reunión de gentes en cuadrillas o corrillos. / Que se cierren las tabernas, aguarderías y tiendas de vinos generosos a las ocho en punto de la noche y que no se vendan estos licores sino por mostrador durante el día y tocadas oraciones hasta las ocho por la ventanilla. / Que todos los dueños de fábricas, artefactos y talleres cuiden de que sus oficiales y aprendices asistan diariamente al trabajo; y cuando alguno falte, avisen su nombre, apellido y casa en que vive. / Que todos los padres de familia y amos no permitan que sus hijos, hijas o criados se mezclen con bullicio y concurrencias peligrosas, procurando evitarlo no sólo con su ejemplo, sino con la persuasión y corrección, esperando el gobierno que no perdonarán diligencia alguna propia de sus facultades domésticas para hacerse obedecer y en defecto y caso necesario se auxiliarían, dando cuenta a la Justicia. / Y que para que llegue a noticia de todos y nadie pueda alegar ignorancia, se publique por bando en la forma ordinaria, y de él se fijen copias impresas, autorizadas de D. Ignacio Antonio Martínez, Escribano de Cámara más antiguo y de Gobierno de la Sala. Madrid, dos de abril de mil ochocientos ocho. Ignacio Antonio Martínez...».

⁴⁴ La gente, recelosa, asustada, enfadada..., apenas acude a los centros de diversión. Siempre atendiendo a las recaudaciones teatrales, podemos comprobar que la asistencia a las representaciones ha descendido hasta un setenta por ciento respecto a la habitual concurrencia del periodo octubre 1807-febrero 1808 (Fuente: *Diario de Madrid*, marzo a abril de 1808). No creemos, por consiguiente, que publicaciones como la de D. T. de V.: *Resumen de los hechos más notables que fijan la conducta del ejército francés durante su estancia en la capital de España y relación circunstanciada de todo lo ocurrido en la escena del día Dos de Mayo*. Madrid, 1808 (en la Biblioteca Nacional, Colección Gómez Imaz), en las que se resalta «...el entusiasmo del pueblo en favorecer a los franceses...», p. 11, tengan más valor que las respectivas propagandas oficiales, francesa y española, o que de lo que se trate sea de ensalzar el comportamiento de los madrileños para contraponerlo a la actuación posterior de la tropa de Murat.

relanzar la actividad conspiratoria propagando rumores destinados a crispar aún más los ánimos populares. En estas maniobras, algunos de los personajes ligados a Fernando VII contaban con la experiencia y los medios adecuados. Aquella «información» constituía un buen contrapunto de la obligada postura oficial, cómplice de la francesa, capaz, como decíamos, de dañar la imagen de Fernando en los sentimientos de sus súbditos, comprometiendo su credibilidad y llevándole al aislamiento y la impopularidad que habían acabado con el maltrecho prestigio de Carlos IV.

Había que conectar nuevamente con el lenguaje de una calle a la que no mucho antes se le dictaba un discurso encomiástico de las virtudes del entonces Príncipe de Asturias, como garantía de los derechos del pueblo. El doble mensaje permitiría conservar, entre los madrileños, todo el carisma del monarca sin mancha alguna, incluso enriquecido con nuevos elementos, sin romper, la «amistad» con Francia siempre que se obrase con la habilidad suficiente. En todo caso, incrementando el clima de hostilidad se facilitaría la movilización de los madrileños a favor de los intereses de Fernando VII cuando fuera oportuno.

Curiosamente, desde el 31 de marzo arreciaron las quejas sobre los abusos de los oficiales franceses y el 1 de abril, la misma fecha en que se decidía enviar al infante Don Carlos a Irún para recibir y cumplimentar a Napoleón, empezó a circular por Madrid el rumor de que los franceses hacían embargos arbitrarios y detenían a los abastecedores, en los caminos que conducían a la capital, con el fin de dificultar el aprovisionamiento y encarcerar las subsistencias, algo que no se alcanza a comprender en qué podía beneficiarles, salvo que buscaran el estallido de un motín para justificar una represión violenta, lo cual tampoco cuadra demasiado con lo que sabemos acerca de las medidas políticas que Napoleón disponía entonces.⁴⁵

La primera semana de abril estuvo marcada por la cada vez mayor excitación popular, coincidiendo con la decisión de Fernando VII de desplazarse al encuentro del emperador, a la par que se intensificaban las gestiones de los franceses para obtener la libertad de Godoy.

⁴⁵ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, pp. 229, hace mención de un folleto publicado por D.M.S.G. del C. bajo el título *Idea y conducta del gobierno francés en la Corte de España desde la paz de Basilea hasta mediados de 1808*. Imprenta Villalpando, Madrid, 1808, en el cual se acoge la hipótesis de un complot organizado por los franceses para provocar una revuelta popular que permitiese una fuerte represión. Cita al respecto el caso del impresor Eusebio Álvarez de la Torre, a quien dos oficiales franceses, José Fumiel y Antonio Ribat, habían propuesto la confección de un cartel subversivo con los gritos de ¡Viva Carlos IV! ¡Viva Godoy! ¡Muera Murat!, que debía hacerse circular por Madrid exacerbando los ánimos. Dice que ambos oficiales eran del séquito del general Grouchy y que Murat no los castigó. No nos parece argumento suficiente aun en el caso de que hubiese sido cierta la maniobra de aquellos dos oficiales, sobre todo en vísperas de que Fernando VII saliera de la ciudad para buscar a Napoleón.

Las maniobras dirigidas a aumentar el descontento de las gentes no se limitaron a la difusión de noticias desestabilizadoras, sino que se dieron pasos importantes para preparar un levantamiento del pueblo. El marqués de Casa-García denunció al gobernador de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte que algunos caballeros andaban buscando reunir trescientos o cuatrocientos hombres, a los que se pagaría adecuadamente, con el propósito de mover a los madrileños contra los franceses.⁴⁶

La simulación era cada vez más difícil. Se sospechaba que quien movía los hilos era el duque del Infantado y así lo señalaban los despachos de Beauharnais al emperador. Cuando Savary llegó a Madrid, con el objetivo de invitar a Fernando VII a emprender cuanto antes su camino para salir al encuentro de Napoleón, se enteró de que Murat sabía que al pueblo madrileño trataba de inducirse a una gran insurrección, por lo que estaba sopesando la posibilidad de detener al referido duque del Infantado, a Escoiquiz y a los principales instigadores del motín de Aranjuez, a los cuales consideraba responsables de la conspiración contra los franceses.

Las informaciones alarmantes no desembocaron, de inmediato, en un estallido de violencia generalizada, pero paso a paso se avanzaba en tal dirección, en medio de incidentes cada vez más graves.⁴⁷

La escalada de los enfrentamientos

El 7 de abril el rey había decidido, oficialmente, salir al encuentro de Napoleón y el 9 aparecía publicada tal disposición en la *Gazeta*. El resto de los periódicos madrileños se hacía eco de la noticia el día 10, domingo de ramos, coincidiendo con la partida del monarca, quien dejaba encargada del gobierno a una junta encabezada por el infante Don Antonio (en principio, por los pocos días que Fernando VII pensaba ausentarse de la corte).⁴⁸

A partir de esos instantes la expansión de la violencia fue continua, con algunos episodios de especial relevancia. Uno de los más notables tuvo por

⁴⁶ A. H. N.: *Libros de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte*. Madrid, 1808, t. II, f. 399 (cit. Por PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 230). Declaración de Ramón Hurtado, peluquero que vivía en la calle del Oso, 7, en la que afirmaba que la propuesta de reclutar gente se la hicieron dos caballeros al zapatero Alfonso Galán y, poco después, al trapero Alfonso Fernández, y que ambos rechazaron la oferta.

⁴⁷ El 7 de abril se produjo uno de aquellos enfrentamientos en la puerta del Ángel, cuando la numerosa tropa francesa, atropellando a los encargados de vigilar dicho acceso a la Casa de Campo, cometió algunos desmanes en aquel recinto.

⁴⁸ *Diario de Madrid*, 10 de abril de 1808.

protagonista al presbítero de Carabancel de Arriba, Andrés López, que, el 12 de abril, mató al capitán Mote, de la brigada del general mr. De Casayne. La respuesta de los franceses no se hizo esperar arrasando la casa del clérigo y exigiendo su detención a las autoridades españolas.⁴⁹

Pero el mayor sobresalto, en aquella accidentada Semana Santa, tanto para los vecinos como para los responsables del orden en Madrid, lo desencadenó el aviso de un fraile de San Gil, fray Gaspar de San Ildefonso, anunciando el estallido de un gran alboroto, preparado por gentes pagadas, para la noche del jueves santo. Como precaución, las autoridades pidieron al vicario Juan Bautista Ezpeleta que se cerrasen los templos al anochecer para evitar que la gente se reuniera en ellos. Igualmente se ordenó que no se abrieran a ninguna hora los establecimientos de bebidas. El pánico se extendió por la ciudad ante tales medidas, señales claras de la gravedad del momento.⁵⁰ Madrid, presa de las más disparatadas habilllas y de la conspiración permanente, parecía a punto de estallar. En un intento de aflojar la presión, Murat había sacado fuera de la ciudad a la división de Mousnier, el 6 de abril, pero en vano. Apenas dos días después, en el puente de Toledo, otra reyerta entre españoles y franceses se saldaba con un muerto y varios heridos.

Aunque las noticias que se difundían en Francia hablaban todavía de una cordial relación entre las tropas imperiales y la población, lo cierto es que, a lo largo de la segunda mitad de abril, al menos cuarenta y dos soldados franceses ingresaron heridos en hospitales y centros de asistencia madrileños, varios de los cuales fallecieron.⁵¹ Las autoridades españolas multiplicaban sus bandos con invitaciones al sosiego y la prudencia, al tiempo que anunciaban castigos cada vez más duros para los que alterasen el orden, pero con poca eficacia; y es que, en la práctica, el empeño puesto en aplicar la ley distaba mucho del que se ponía en publicar disposiciones sancionadoras.⁵²

⁴⁹ El 13 de abril se publicaba un edicto del decano del consejo, en el que se informaba de lo sucedido, se daban los datos del homicida, «...de altura cinco pies, blanco de color, barba cerrada, ojos pardos pequeños, nariz regular y cabello castaño...» (*Diario de Madrid*, 15 de abril de 1808), y se solicitaba su detención, la cual conseguía efectuar el teniente corregidor León de Sagasti el día 14 en una casa de la calle de Milanases.

⁵⁰ ALCALÁ GALIANO, 1908, t. I, c. X, p. 164, se hace eco de esta tensión.

⁵¹ Uno de los puntos más conflictivos era la calle de San Antón y, en general, la zona de las Mercedarias Descalzas, donde abundaban los lugares de prostitución. Los festivos tenían prohibido abrir sus puertas las tabernas de aquel barrio, desde el mediodía, pero ello no evitaba las peleas con soldados franceses.

⁵² Entre ellas destaca un bando de 23 de abril de 1808 (*Diario de Madrid*, de 24 de abril de 1808), en el que, además de reiterar una vez más los posibles castigos a los contraventores, se ponía especial

Tal vez por ello, el duque de Berg y sus generales exigían mayor rigor de la justicia de la capital para castigar las agresiones. Pero, por su parte, tampoco daban señales de excesivo celo en someter a las propias normas a los soldados y oficiales franceses que cometían algún exceso.

Precisamente, en la noche del 26 de abril, varios auxiliares de Murat, encabezados por el príncipe de Salm-Salm, dieron muerte a cuchilladas al comerciante Manuel Vidal en la calle del Candil. El motivo se achacó, simplemente, «...*al mucho orgullo que dominaba a los franceses en aquel tiempo...*».⁵³ La tensión había llegado al extremo de que Murat ofició al alcalde del barrio del Carmen para que se tratase de ocultar dicha muerte, pues de conocerse se temía un levantamiento popular. Los propios franceses retiraron el cadáver e intentaron por todos los medios que no se enterase la gente.⁵⁴

Pero el hecho que definitivamente abrió la puerta a la confrontación general fue la noticia de la liberación de Godoy, impuesta por los franceses a la junta, y su salida para Francia. En efecto, después de múltiples presiones, los deseos de Napoleón se vieron cumplidos y, el 27 de abril, el Príncipe de la Paz quedó bajo la protección directa de Murat.⁵⁵

El disgusto público fue enorme, pues Godoy, convertido por la propaganda de sus enemigos en la encarnación del mal, era «...*el centro de todas las pasiones rencorosas, de todas las ansias vengativas, de todos los odios colectivos...*».⁵⁶ Un sentimiento de ira y de pánico se apoderó de las gentes ante aquella intromisión de los franceses con la que descubrían su traición al pueblo y a Fernando VII. A partir de aquellos días se temía a cada instante la explosión de una gran revuelta que nadie podía contener.

énfasis contra la difusión de «libelos y pasquines», así como las reuniones clandestinas (señal inequívoca del auge de tales medios de agitación), insistiéndose en que «...*el pueblo obedezca a los Magistrados como lo han hecho siempre...*», síntoma de que la disociación entre la autoridad y el pueblo era un peligro más que hipotético.

⁵³ Archivo de la Villa, Secretaría, 7/471/3.

⁵⁴ Pero no fue éste el único atropello cometido por los soldados galos en esas fechas. El mismo día 26 habían matado, en el camino de Villaverde, a Mateo Morenillo y tiroteado a varios pastores en las inmediaciones del Manzanares, en el punto conocido como la Tela.

⁵⁵ Desde el triunfo del motín de Aranjuez, Napoleón pensó en mantener bajo su control a Godoy para utilizarlo en el momento y forma adecuados. Por ello se preocupó de asegurar su vida siguiendo su peripecia, primero en la prisión de Pinto, y más tarde en Villaviciosa de Odón. Logró la paralización del proceso, a partir del 3 de abril, y finalmente consiguió que la junta se lo entregase.

⁵⁶ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 305.

El punto culminante de la guerra informativa

La amplia serie de refriegas que se siguen entre la tropa francesa y la población de Madrid, a algunas de las cuales nos hemos referido, se debe, sin duda, a la situación creada por la siempre difícil convivencia de una fuerza militar extranjera con la población civil, más aún en función de la gran cantidad de soldados que ocupaban la ciudad en relación con su número de habitantes habituales, apenas doscientos mil. Pero tanto en el volumen y gravedad de los enfrentamientos, como en el sentido último de los mismos, actúa decisivamente la información, que acaba determinando el estado de la opinión pública. En este aspecto los madrileños estuvieron sometidos a una sobrecarga informativa, manipulada casi siempre, que preparó el ambiente de la insurrección del 2 de mayo. Al margen queda cualquier debate sobre la espontaneidad o no de los comportamientos y la génesis de los valores que empujan a las actitudes sublimes, en las que, en cualquier caso, la información actúa decisivamente.

Aunque las leyes impedían las polémicas doctrinales, en publicaciones escritas, a partir de mediados de abril, la imprenta se convirtió en la principal arma del combate que se libraba en Madrid y, en menor escala, en París y Bayona,⁵⁷ pues, a medida que pasaban los días, desde que Fernando VII abandonó la capital para encontrarse con Napoleón, más necesario se hacía para unos y otros contar con el respaldo de la opinión pública.

La amenaza de confrontación violenta se veía cada vez más próxima y, en ese caso, Fernando VII habría de recurrir al pueblo español, con el de Madrid a la cabeza, para evitar los propósitos de Napoleón. Pero corría el riesgo de que estas gentes, a las que en medios oficiales el propio monarca encarecía de continuo un comportamiento pacífico respecto a los franceses, obedecerían demasiado al pie de la letra tales indicaciones; por eso había que conservar «... *el espíritu de los pueblos en el nudo de vigor y energía en que ahora se hallan...*»,⁵⁸ incluso aumentándolo, pero sin «... *alarmar a nuestros aliados, aparentando la confianza que hasta ahora se ha mostrado y acreditado...*». ⁵⁹ A este logro, como decíamos, se dirigía su propaganda.

Así pues, todo tipo de papeles circulaba por aquellos días aumentando la tensión y obligando a las autoridades a dictar normas para impedir la pro-

⁵⁷ «... *No permitáis que en España se imprima nada sobre el Príncipe de Asturias...*»: Carta de Napoleón al duque de Berg, de 22 de abril de 1808.

⁵⁸ Representación de la Junta de Gobierno al rey sobre la conferencia celebrada por dos de sus miembros con el gran duque de Berg. Madrid, 18 de abril de 1808.

⁵⁹ *Ibidem.*

liferación de panfletos desestabilizadores,⁶⁰ si bien, como tantas otras, estas medidas tuvieron pobres resultados, a la vista de lo cual Murat redobló sus esfuerzos por controlar la información política.⁶¹ No era fácil bloquear aquel proceso que, además, disponía de otros instrumentos. Los medios de la actividad propagandística a favor de Fernando –primero como Príncipe de Asturias contra Godoy e incluso Carlos IV y más tarde como rey– para defender sus derechos frente a Napoleón, serían bastante simples pero muy eficaces. Hasta la llegada al trono la difusión de su mensaje antigodoyísta y, más tibiamente, su interpretación positiva de la intervención militar francesa en España, hubo de hacerse utilizando la comunicación directa (de boca a oreja), persona a persona, además de la literatura panfletaria. En el primer caso, los apoyos del entramado fueron el habitual conjunto, no demasiado extenso, de personas pagadas y con cierto ascendiente en su respectivo entorno cotidiano. En el segundo, el soporte sería una reducida tirada de textos breves y extremadamente simples que multiplicaban su alcance al ser repetidos oralmente en pequeños grupos.

Después de lograr la corona en Aranjuez, tuvo acceso a los medios escritos de publicación periódica, entre otros *La Gazeta de Madrid* –propiedad del gobierno, cuya función era comunicar al público la normativa emanada del poder– y el *Diario de Madrid*, de propiedad particular, con noticias principalmente de interés local.⁶²

Finalmente, cuando se desarrolló la batalla propagandística de la segunda mitad de abril, empleó todos los medios citados, aunque con diferente contenido y de manera también distinta. Los canales «subversivos» de la información condujeron los mensajes antifranceses, mientras el periódico oficial se utilizaba para mantener las apariencias de colaboración con Murat, aunque con su control se evitó además la difusión de cualquier noticia contraria a los intereses de Fernando VII, dejando definitivamente inco-

⁶⁰ El 20 de abril de 1808 la Junta de Gobierno, siempre presionada por Murat, ordenó que hasta que se nombrasen jueces de imprenta, todos los impresores se sometieran al gobernador de la Sala de Alcaldes para que autorizase su publicación. A los contraventores les amenazaba con penas de cuatro años de prisión.

⁶¹ En el parte al rey Don Fernando sobre la salida de los infantes para Bayona, de 30 de abril de 1808, se hace mención de este tema en uno de los puntos que el duque de Berg quiere imponer a la junta. Un acuerdo sobre la publicación de papeles políticos.

⁶² La *Gazeta de Madrid* permaneció bajo control de la Junta de Gobierno hasta el 2 de mayo de 1808 y el *Diario de Madrid* prácticamente también, aunque acabó, al igual que el periódico oficial, sometido a los franceses. Acerca de la prensa madrileña en 1808 pueden verse diversos trabajos de A. GIL NOVALES, entre ellos «La Revolución Francesa vista por los periódicos españoles del periodo 1808-1814», en *El Dos de Mayo y sus precedentes*, L. M. Enciso (ed.), Madrid, 1992, pp. 502-523.

municado a Carlos IV cuando éste pretendió reconquistar el poder.⁶³ Añadió, por último, en esta fase decisiva, otro medio de gran alcance, el púlpito. No es que la Iglesia, de forma homogénea, se manifestase rotundamente en contra de las tesis napoleónicas en aquellos instantes, pero sí que, a pesar de los esfuerzos del duque de Berg frente a la inhibición de la mayoría de clérigos a la hora de expresar públicamente sus opiniones, hubo algunos que tomaron parte activa, decididamente, en la formación de un estado de opinión favorable a Fernando VII.⁶⁴

Por su parte, los franceses, aunque Napoleón había mostrado siempre interés en este tema,⁶⁵ a mediados de abril, no disponían en Madrid de un aparato de propaganda suficiente, salvo en lo que a espías se refiere. No contaban con medios de producción ni de difusión adecuados, tal vez porque gracias a la colaboración, más o menos voluntaria, de Carlos IV y Fernando VII no habían necesitado más. Pero desde el instante en que precisaron pasar a la ofensiva para captar el apoyo público a favor del cambio dinástico, trataron rápidamente de superar aquellas carencias.⁶⁶

Ante la falta de periódicos, pusieron en marcha su propia imprenta en el palacio de Godoy, ocupado por Murat, al frente de la cual colocaron al impresor Tomás Albán, pero no lograron en ningún momento la capacidad de penetración directa, la relación popular de la que los partidarios de Fernando disfrutaban, circunstancia importante en una sociedad tan abruma-

⁶³ Este aprovechamiento pasivo de los medios oficiales permitió silenciar los intentos del derrocado monarca, auspiciados por los franceses, para denunciar ante sus súbditos la ilegalidad en que había incurrido el Príncipe de Asturias encabezando el motín de Aranjuez. Así, por ejemplo, el infante Don Antonio, presidente de la junta, se negó a publicar la carta que el rey le dirigió desde San Lorenzo de El Escorial el 17 de abril de 1808, y cuyo contenido hubiese favorecido las tesis napoleónicas aumentando el desconcierto de la gente. «...*Declaro solemnemente que el acto de abdicación que firmé el 19 del pasado mes de marzo es nulo en todas sus partes, y por eso quiero que hagáis conocer a todos mis pueblos que su buen Rey, amante de sus vasallos, quiere consagrar lo que le queda de vida en trabajar para hacerlos dichosos...*». Estas pretensiones de Carlos IV no salieron a luz.

⁶⁴ La exaltación religiosa se volcó al campo del patriotismo creando una mística esencial para la insurrección contra Napoleón. Muchos actos religiosos de diversa clase, celebrados en Madrid desde la salida de Fernando VII, tuvieron este sentido de exaltación, en especial a partir del 18 de abril (con un sermón apasionado de Bernardo Francés), culminando el 1 de mayo con los oficiados en el oratorio del Santísimo Sacramento, en cuyo colofón el reverendo fray Justo de Madrid, capuchino del Prado, predicó un encendido sermón identificando la religión y la patria.

⁶⁵ «...*Tomad mucha mano en todo cuanto concierne a la imprenta...*», recomendaba por enésima vez Napoleón en su carta al gran duque de Berg, el 25 de abril de 1808. Más tarde insistiría: «...*No me canso de repetirlo. ¡Apoderaos de los periódicos!*...»: Napoleón, carta a Murat, 1 de mayo de 1808.

⁶⁶ Napoleón ordenaba a Murat en la citada carta de 25 de abril: «...*Haréis publicar en los diarios artículos acerca de la mala administración de España en muchos años atrás y sobre la necesidad de poner remedio para que el país recobre el equilibrio y la gloria de los antiguos españoles...*».

doramente iletrada como la madrileña de 1808, donde esta característica condicionaba decisivamente el tipo de propaganda a emplear.

Con tales medios pusieron en circulación varios escritos, no sólo en Madrid, sino en diversos puntos del país, cuyo objetivo no era otro que «...*la opinión se penetre de que España está sin rey...*», paso previo para justificar su acción de instaurar uno nuevo. Bajo la autoría o la inspiración de Marchena, en algunos casos, salieron a la luz textos como los titulados *Documentos de oficio*, *Reflexiones históricas sobre las relaciones entre España y Francia*, *¿Debemos esperar o temer?*, *Dictamen que formará la posteridad sobre los asuntos de España*, *Carta de un oficial retirado a uno de sus antiguos compañeros*, etc., a través de los cuales la propaganda napoleónica trató de cimentar los pilares de la proyectada sustitución de la monarquía borbónica por la bonapartista. El primero difamando a la familia de Carlos IV y Fernando VII mediante los *Documentos de oficio*. El segundo demostrando el vacío de poder legítimo en la corte de Madrid, a lo cual se dirigen principalmente la *Carta de un oficial retirado a uno de sus antiguos compañeros*, el *Dictamen que formará la posteridad sobre los asuntos de España* y el *¿Debemos esperar o temer?*. El tercero argumentando las ventajas para España de su vinculación a Francia con *Reflexiones históricas sobre las relaciones entre España y Francia*.⁶⁷ En algún punto, por tanto, coincidía la propaganda de ambos bandos (por ejemplo en la difamación del adversario), pero en otros mostraba una diferencia sustancial. Los franceses pretendieron explicar, los partidarios de Fernando no tenían necesidad de ello; los primeros introdujeron argumentos y se dirigieron a la razón, los segundos limitaron su información y se proyectaron sobre el sentimiento.⁶⁸

Técnicamente, el contenido de la propaganda fernandina y sus medios de difusión se demostrarían muy superiores, en cuanto a eficacia al menos, a los empleados por Murat. Para empezar, la reducción del mensaje a fórmulas claras es siempre más práctica que una larga demostración y se potencia con la individualidad del adversario, regla de simplificación y del enemigo único que los partidarios de Fernando aplicaron rotundamente. No hay matices en cuanto al enemigo, que puede cambiar según el momento (Godoy o los franceses), pero siempre es totalmente malo; Murat, por el

⁶⁷ El mismo esquema repiten ante la opinión pública internacional y en el seno de la propia sociedad francesa preparándola también para la intervención en España, aunque en estos ámbitos dispongan de medios muy superiores. La *Gazeta de ComercioLiteratura y Política de Bayona*, así como el *Journal de l'Empire* y *La Gazette de France*, están, por estas fechas, especialmente ocupados en los asuntos de España.

⁶⁸ HUICI, A.: *Estrategias de la persuasión. Mitos y propaganda política*. Sevilla, 1996.

contrario, se veía obligado a distinguir entre «buenos» y «malos» españoles. Ello facilitaría al entorno fernandino la repetición constante de un pequeño número de ideas, con fórmulas invariables, manteniendo siempre el tema central (regla de la orquestación).

Además, en la común distorsión informativa que ambos bandos utilizan manipulando las noticias fuera del contexto (regla de la exageración y la desfiguración), la mayor adaptación del emisor al receptor, por la adecuación del lenguaje, está también del lado fernandino. Por si fuera poco, los mensajes de la propaganda de Fernando VII operaban sobre un terreno favorablemente predispuesto, conectando con el sentimiento dominante, pues dicen lo que el auditorio quiere oír (regla de la trasfusión) y sólo tendrían un cierto equilibrio con los de la propaganda napoleónica en cuanto a la definición unificada de grupos antagónicos (nosotros los españoles, ellos los franceses, o a la viceversa), pues así los individuos que integran ambos conjuntos se muestran más sensibles a las reacciones de los suyos que a los estímulos exteriores de otra naturaleza (regla de la unanimidad y contagio).

Nada extraña, por consiguiente, el éxito de Fernando en la guerra de la información, tanto ante Carlos IV como ante Napoleón. Los propagandistas del primero consiguieron transmitir al receptor la fascinación de la necesidad de los objetivos que se proponían. Su mensaje fue asumido como propio por los españoles. Uno de los resultados más trascendentales sería la temprana mitificación de la figura de el «Deseado», que tan importante resultaría a lo largo de todo el conflicto de 1808 a 1814.

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo de la Villa, Sección Corregimiento.
 Archivo de la Villa, Secretaría.
- A. H. N.: *Libros de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte*. Madrid, 1808.
- ALCALÁ GALIANO, A.: *Memorias de don Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*. Imprenta de Enrique Rubiños, Madrid, 1886, 2 volúmenes.
- BONAPARTE, Napoleón: *Carta al duque de Berg*. 22 de abril de 1808.
- D. M. S. G. del C.: *Idea y conducta del gobierno francés en la Corte de España desde la paz de Basilea hasta mediados de 1808*. Imprenta Villalpando, Madrid, 1808.
- D. T. de V.: *Resumen de los hechos más notables que fijan la conducta del ejército francés durante su estancia en la capital de España y relación circunstanciada de todo lo ocurrido en la escena del día Dos de Mayo*. Madrid, 1808 (en la Biblioteca Nacional, Colección Gómez Imaz).
- DIEGO GARCÍA, E. de: «De Fontainebleau al Dos de Mayo», en *El Dos de Mayo y sus precedentes*, L. M. Enciso (ed.), Madrid, 1992.
- GIL NOVALES, A.: «La Revolución Francesa vista por los periódicos españoles del periodo 1808-1814», en *El Dos de Mayo y sus precedentes*, L. M. Enciso (ed.), Madrid, 1992.
- HUICI, A.: *Estrategias de la persuasión. Mitos y propaganda política*. Sevilla, 1996.
- LASPRA, A.: «Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia en el *Public Record Office* y otros archivos británicos», en *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, F. Miranda Rubio (coord.), Pamplona, 2002.
- MARTÍNEZ COLOMER, Fr. V.: *El filósofo en su Quinta, o relación de los principales hechos acontecidos desde la caída de Godoy hasta el ataque de Valencia*. Valencia, 1808.
- MURAT, J.: *Lieutenant de l'Empereur en Espagne*.
- PÉREZ DE GÚZMÁN, J.: *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*. Madrid, 1908.
- PRÍNCIPE, M. A.: *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época*. Madrid, 1844-1848. 2 tomos.
- TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid, 1862.
- Diario de Madrid*, 6 de marzo de 1808.
- Godoy. Sátira...*, Imprenta de Repullés, Madrid, 1808

Gazeta de ComercioLiteratura y Política de Bayona.

Journal de l'Empire.

La Gazeta de Madrid, nº 23, de 8 de marzo de 1808.

La Gazette de France.